

ADAPTACION DE LAS IGLESIAS NUEVAS A LAS NECESIDADES PASTORALES

por A.-M. COCAGNAC, O. P.

No me es posible tratar en pocas palabras todos los problemas del arte sagrado que conciernen a la parroquia, y transmitirles, al mismo tiempo, los resultados de los varios años de ensayo realizados en Francia. Ciertamente la renovación que sufre actualmente el arte sagrado se ha visto marcada por obras que podríamos llamar un tanto espectaculares, tales como la capilla de las religiosas dominicas de «Vence», contribución del pintor Matisse; la Iglesia de Assy, y más recientemente la capilla de Ronchamp, por Le Corbusier.

Quiero apelar sin embargo, también a otras experiencias hechas más allá de la frontera francesa, tal como en Alemania y la Suiza alemana, antes de deducir conclusiones sobre lo que la dicha renovación ha podido aportar a la vida parroquial. Efectivamente, debemos estar convencidos de que el arte sagrado no es cuestión de estética, sino cuestión pastoral; y que dicho arte no puede interesarnos sino es en la medida en que se sujete a la vida de la fe y la administración de los sacramentos. Sobre este último punto dirijo particularmente la atención.

Partiremos del texto de la Instrucción del Santo Oficio sobre el tema que nos ocupa, fecha del 30 de junio de 1952. El texto en parte dice así: «Que en la construcción de las nuevas iglesias se tenga en cuenta el facilitar la vista y la atención de los feligreses, para que estos puedan mejor participar a los oficios divinos; que la nueva iglesia se distinga por la simplicidad de líneas, la cual es contraria a las ornamentaciones de mal gusto».

Sin agotar el tema, trataré de dar a continuación algunas apreciaciones sobre los esfuerzos modernos al respecto.

1. Lección desarrollada por su autor en el «I Curso de Pastoral» organizado por el Instituto de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca, y tenido en esta ciudad en abril de 1956.

“Salmanticensis”, 3 (1956).

La función litúrgica:

El templo cristiano tiene una doble función que llenar: una función orgánica, centralizada en la Eucaristía, y una función ambiental, que hace de él un lugar de silencio y recogimiento. La primera necesita contar con una liturgia de carácter coherente. Y no es el efecto decorativo, sino la disposición precisa del lugar, la que le confiere tal unidad. De ahí la importancia de decidir de antemano la índole y carácter que se desea imprimir a la construcción. En el momento de la concepción de la idea, la tentación de dejarse llevar del lirismo plástico puede ser particularmente nociva. Cuando una solución plástica se impone al espíritu, éste corre el riesgo de desencadenar un virtuosismo irritante en el dominio del arte plástico. El templo que trate de ser una proeza arquitectónica, dejará de servir a la Eucaristía y al recogimiento. El sentido litúrgico del arquitecto interviene, por consiguiente, menos como un freno que como una orientación constante de las facultades creadoras hacia la exactitud y la precisión.

Además, apenas nos damos cuenta de las numerosas dificultades que afronta la unidad del santuario, y por otra parte, la capacidad que debe suministrar el mismo, nos apresuramos a sacrificar la una por la otra, o a yuxtaponerlas sin armonizarlas. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que la liturgia es en definitiva una participación colectiva a un acto sagrado. Que la masa de fieles bajo el techo del santuario debe recibir una especie de invitación permanente a tomar plena parte en el misterio litúrgico que se desenvuelve. Es la atracción del tabernáculo por sobre toda la extensión interior del edificio, la que determinará el buen éxito litúrgico. El juego de luces, la convergencia de líneas generales, la selección de los materiales, deben, en una palabra, «hacer llamada» a la Santa Eucaristía. Esta llamada es la condición esencial del recinto católico.

Las iglesias nuevas contienen detalles de feliz inspiración. Por ejemplo, el pasillo de la nave central tiene baldosas esculpidas, las cuales tienen por fin evocar una pausa en la progresión hacia el altar principal: son, por así decirlo, estaciones que constituyen una especie de «Introito» plástico. Esta entrada no ha sido diseñada, lo sabemos bien, para la simple circulación; es también un ascenso hacia el Tabernáculo, y quien se adelanta hacia el altar hace paradas que podrían convertirse en momentos de meditación.

En cuanto a las concepciones más recientes debemos confesar que los autores de las nuevas iglesias han comprendido perfectamente la función de la predicación, como homilía y como enseñanza. La primera, lo sabemos, pertenece al pastor esencialmente y forma parte del acto eucarístico, o sea, de la Misa. Generalmente es una explicación del texto sagrado leído durante la misa. Por esto, el lugar donde se instala el sacer-

dote para su predicación es más un atril que una cátedra. Supone la lectura del texto y la proximidad del libro santo a fin de poder recurrir a él, si fuere necesario. El púlpito, por el contrario, se encuentra generalmente lejos del altar, en alto, lo más cercanamente posible de los fieles. La nueva tendencia es de disponer al pueblo alrededor del altar y evitar así la separación de la palabra predicada, del resto de la ceremonia. Entre la cátedra y el «ambón» se ha preferido este último. Al devolver la predicación a su lugar más apropiado, es decir, cerca del altar, la función litúrgica gana unidad en su desarrollo.

Por eso podemos decir que la arquitectura eclesial, según que se practique una sana economía de medios, tiende de más en más a reunir en un todo orgánico lo que a través de tantas épocas se inclinaba a la dispersión. Es de esperarse que llegará el día en que el conjunto del recinto encontrará totalmente la unidad que le corresponde.

Cuando comparamos el templo protestante con la nueva concepción católica nos llama la atención la semejanza en la disposición de los elementos comunes: el púlpito, el altar y el baptisterio del templo protestante son yuxtapuestos, mientras que en la iglesia católica nueva, los vemos centralizados alrededor del altar. Si algún día, como algunos lo sueñan ya, se aproxima el baptisterio al tabernáculo, se hará resaltar la dependencia de la fuente bautismal, como se ha tratado ya con el púlpito, con relación al altar, el cual, siendo el centro del acto eucarístico es, al mismo tiempo el pivote de la función sacramental y de la alabanza. Podríamos entonces alegrarnos de ver que los lugares y los objetos del culto católico encuentren dentro de una rigurosa simplicidad su significado armonioso en torno a la piedra del altar que es Cristo; en torno al Sacramento, que, como presencia del Señor en su testamento y en su memorial forma un todo único. En la estructura misma del edificio aparecerá impresa la unificación del aparato sacramental, figura y efecto de su Principio —la persona única del Verbo Encarnado.

El Altar y el Presbiterio.

El altar no es simplemente un objeto necesario al culto. Tiene un significado teológico. La Biblia nos lo muestra como realidad representativa de un hecho divino, como medio para expiar los pecados y para entrar en comunión con el Dios tres veces santo. Es considerado algunas veces como puerta de entrada a la imponente presencia divina. San Pablo, cuya sensibilidad religiosa despertó en el seno judaico, extrajo de la literatura judaica y «midrásica» los temas que le permitieron identificar la piedra con Cristo. De la roca, que el pueblo israelita conoció en el desierto, emanó el agua saludable. Cristo, causa de salvación para todos, constituye de manera admirable, la fuente espiritual por la cual la salud vino al mundo.

Para los patriarcas de la era cristiana el altar es la piedra espiritual, siendo el inciso pauliniano «Petra autem erat Christus» la expresión más usual sobre el sentido simbólico del altar.

El análisis de los requerimientos litúrgicos que precede a la construcción del altar no debe contentarse con una revisión de rúbricas, o con una exégesis del ceremonial: el símbolo del altar se encierra dentro de otro símbolo, el del monumento consagrado que se llama iglesia.

El altar en el cuerpo de la iglesia:

Los sacramentos de la vida cristiana tienen por centro la Eucaristía: Esta determina de dos maneras distintas la arquitectura de la iglesia y la arquitectura del altar. Como comunión de corazones, la Eucaristía influye sobre el volumen construido; como banquete y como sacrificio, ella precisa la construcción de la mesa de la nueva oblación. La relación de estos dos aspectos eucarísticos determinará la apariencia del edificio y del altar mayor.

La Eucaristía, acción colectiva por excelencia, ata los vínculos de la caridad de la comunidad cristiana. El volumen de la iglesia no tiene, pues, por fin, el dar únicamente abrigo a esta comunión, sino que al mismo tiempo debe significarla, y en cierto modo, realizarla.

El influjo casi maravilloso que ejerce el volumen sobre el hombre, es un postulado de la naturaleza. Que nos hallemos en medio de un bosque, o rodeados de los muros de la catedral de «Chartres», ocurrirá de súbito algo en nosotros... sensación imponente, fenómeno que sobrepaja todo entendimiento, de unificación interior y recogimiento. Apenas traspasado el umbral de las grandes catedrales, la palabra de Jacob brota en nuestros labios: «quam terribilis est locus iste». Sin embargo, tal sentimiento es prontamente reemplazado por la calma espiritual que el mismo espacio hace surgir de sus misteriosas armonías. El concierto de ritmos plásticos sumerge el alma en ese mar de silencio en donde la palabra de Dios nos es revelada íntimamente.

La excelencia de la Eucaristía casi exige que la majestad del espacio sea sentida por cada uno de los presentes, para luego, la Santa Hostia, por una gracia especial a ella propia, convertir las reacciones personales en comunión de corazones. El acto litúrgico de la misa utiliza esta potencia espiritual del volumen sobre los cuerpos y las almas como un medio sacramental de unión común. La participación a la sagrada Cena encontrará una proyección en la línea de preparación espiritual operada por el volumen construido. El arquitecto es ante todo un perseguidor de espacio, ¿pero acaso se da cuenta exacta del potencial que tiene entre manos una vez que ha sido llamado a explotarlo? Debe encontrar el punto de equilibrio plástico de donde emanará la fuente espiritual de recogimiento

y comunión indispensables al acto litúrgico. Y cuando se olvida el sentido de la Eucaristía para considerarla demasiado como asunto puramente individual, esta deformación inspira volúmenes que ya no unen los corazones. Son volúmenes fracasados que por su parte mantienen en virulencia esta desviación.

Es necesario hacer observar que tradicionalmente el arquitecto cristiano se inspiraba en dos espacios construidos, y cuyo principio de unidad procedía de fuentes muy diversas: el espacio basilical romano y el espacio del templo oriental, de significación cósmica.

La basílica romana no es más que un ágora cubierta; es un mercado y una cámara política o judicial; según el caso. El móvil de la reunión no es inmediatamente religioso (esto lo decimos en la medida en que podemos distinguir las fronteras de lo profano y de lo religioso en la antigüedad). El principio de unidad es pues, ante todo, económico, político o social, y por consiguiente, el de la construcción no será sino muy materialista: techar un número de asistentes.

El templo oriental deriva su unidad de una concepción religiosa y cósmica. La cosmología en sí misma depende de las revelaciones tanto de la astronomía como de la geometría. El templo es, pues, un universo jerárquico. Resulta ser a veces el instrumento de una especie de gnosis mística, de una peregrinación hacia las alturas, hacia el orden perfecto de un cielo empireo. La transición de lo cuadrado a lo polígono y de lo polígono a lo esférico es un movimiento ascendente que arrastra los corazones hacia la perfección de lo eterno e inmutable.

Es cosa establecida que la tradición cristiana se inspira en lo uno y en lo otro. El plan basilical, transportación directa o repetición del plan sinagoga, inspira sobre todo el arte sagrado de los latinos, pero el acento oriental se impone prontamente y las dos tradiciones se entremezclan en soluciones de infinita variedad.

Al principio de unidad de los volúmenes materiales (basílica) o cosmológicos (templo oriental), viene a agregarse uno nuevo: principio de origen y determinante final que constituye el acto litúrgico, cuyo centro es el altar. El altar es centro de todo el edificio, es principio de unidad de todas sus formas. De él, pues, depende la composición del volumen cristiano. No se trata de un mueble, sino de un punto de referencia, en función del cual se organiza el edificio por entero. La armonía de los volúmenes busca incesantemente su fisonomía fundamental en ese origen que es el altar, y quererla hallar fuera de él es ir a la deriva.

Inversamente, en un volumen determinado, la forma del altar no puede ser cualquiera. Se trata de un asunto que requiere una actitud práctica: es decir, que el altar ciertamente no depende, en sus menores detalles, de corrientes arqueológicas, decorativas o sentimentales hechas «a priori». Debe encuadrarse *en función del conjunto*. Del conjunto

plástico, en primer término, al cual no ha de adaptarse sino nacer de sus ritmos como una solución casi necesaria, ya que es el foco de sus armónicas. Deriva, pues, su carácter, del partido adoptado, del material, de los claros y oscuros, del color, y de la localización en el recinto.

Debe encuadrarse, en segundo lugar, en el conjunto eclesiástico. Las exigencias litúrgicas y pastorales varían al infinito. La catedral, la colegial, la iglesia conventual (de órdenes contemplativas o apostólicas), la iglesia parroquial, la iglesia de peregrinación, son sólo algunos ejemplos. Ellas congregan comunidades cristianas diferentes, atrayéndolas según actos culturales sensiblemente distintos. Cada altar plantea, consecuentemente, problemas particulares. Las ideas preconcebidas no deben forzarnos a tomar decisiones que la necesidad no obliga. El altar es una mesa, pero no es ésta una razón suficiente para demoler la tumba venerable de un santo. Por el contrario, bajo el pretexto de que el altar es una tumba, sería ridículo imponer un sarcófago vacío sobre una plataforma de cemento. Aquí, la misa podrá celebrarse de frente al público, acullá, tal disposición tendrá menos importancia.

Debemos precavernos contra las fórmulas, desconfiar de concepciones rígidas que tiranizan al arquitecto y le impiden el libre ejercicio de su sensibilidad plástica. Ponerle bridas al trabajo no quiere decir esterilizar el espíritu creador. Aunque no puede siempre hacer lo que le viene en gana, será él el único capaz de encuadrar convenientemente en el volumen general, la arquitectura del altar: creador o restaurador de una iglesia, es el único competente para determinar el altar y el conjunto que lo envuelve.

El altar, el presbiterio y la iglesia:

El altar no es una pieza de mobiliario colocada indiferentemente en medio de la iglesia. Debe formar parte del presbiterio sobre el cual hay que fijar el sentido. El iconostasio oriental, los cancelos de los tribunales romanos, más tarde transformados en clausura coral, los límites del presbiterio, los locutorios confesionales, han creado espacios sagrados en el templo del acto litúrgico por excelencia: la Misa.

El problema del altar es también problema del presbiterio. Este por su parte no es una superficie cualquiera, un lujo o adorno superfluo. Es un volumen en el volumen general de la iglesia. Toca aquí mencionar el error que consiste en *decorar*, después de que el grueso de la obra ha sido montado. Demasiado a menudo se ha creído que la feliz realización del presbiterio está en el *decorado*. El comienzo de la obra y el retoque final no pueden concebirse separadamente.

Los elementos que determinan y componen el presbiterio son: el altar

con sus peldaños, su dosel, el tabernáculo y su ciborium, las graderías, la verja que lo separa de las naves.

Me referiré aquí especialmente al altar principal: éste debe conservar la primacía honorífica y la arquitectura debe hacer recordar netamente esta prioridad. Su situación más elevada y central, su luz, el material empleado, la solemnidad del crucifijo y de los candelabros, deben mostrar su superioridad sobre los demás altares. De paso sea dicho, éstos no deben multiplicarse por razones de devoción particular. Podemos honrar los santos o los diferentes misterios cristianos por otros medios que el de los altares multiplicados al infinito; caducó ya el tiempo del individualismo de las cofradías.

El altar mayor debe ocupar un lugar orgánico y no geoméricamente central; todo debe converger hacia él en razón de una buena visibilidad, sin duda alguna, pero también porque esta colocación permite realzar su valor.

En cuanto al material, éste en sí mismo no resta indiferente; si la piedra se adapta mejor al símbolo místico y escriturario, la madera no ha de excluirse por eso, ni tampoco otras materias de estimación como el barro cocido y la cerámica. También al material ha de dársele el uso apropiado. Por ejemplo, toda la riqueza del recinto podría concentrarse en el altar mayor, dándole de preferencia todo el esplendor en razón de su identificación con Cristo. Por otra parte, podría presentársele escueto y sencillo, a condición de que el material no sea nunca de baja calidad. La madera, por ejemplo, debe ser la mejor posible, bien ajustada, sumamente bien escogida.

Rico o pobre, el altar principal debe guardar la lucidez de un trabajo fino y bien acabado. Lo reluciente y encandilante debe estrictamente desaparecer por no corresponder al carácter cristológico, que estamos llamados a respetar. El altar encontrará su fuerza expresiva en la forma, y su hermosura en el material y en la ejecución. El andamiaje dudoso con que se le ha revestido frecuentemente, lejos de cantar a su gloria, no hace más que traducir un sentimentalismo fácil.

El altar en el volumen del presbiterio:

Litúrgicamente es la Eucaristía quien determina el volumen de la Iglesia. Espiritualmente, es la comunión de corazones que procede del sacramento.

El volumen del presbiterio debe diseñarse según el sitio del altar, la solemnidad de que se quiere revestir, el tipo de liturgia dentro del cual se coloca. Debe tenerse en cuenta, además, si se va a incluir o excluir la función episcopal, la función coral (recitación del oficio divino), independientemente de razones históricas; la división del pueblo entre miembros mili-

tantes y catecúmenos, o entre hombres y mujeres; la división entre el clero propietario, el coro monástico y los presbíteros, etc. Hoy día, hay que pensar en la relación que debe guardar el volumen del presbiterio con el resto de la iglesia sin erigir en principio absoluto tal o cual concepción tradicional. El volumen general y los particulares deben al mismo tiempo separarse y mantenerse en comunicación. Separarse, porque el presbiterio equivale en la tradición del Templo de Jerusalén, al lugar santo, al cual no se llegaba sino después de difícil progresión. El presbiterio tiene en la iglesia cristiana el lugar del «santo de los santos» de la sinagoga. La ley nueva rompió el velo que lo separaba del pueblo. La Encarnación constituye el origen de la nueva Iglesia y la Humanidad de Cristo prolonga su presencia por la Eucaristía. Los fieles deben entrar en comunión con el presbiterio.

La separación se obtiene fácilmente con la verja. Esta es una solución que afirma bien el carácter reservado del lugar santo, pero que presenta el inconveniente de romper la comunidad espiritual que será siempre uno de los elementos esenciales de la acción eucarística. La variedad de líneas divisorias que encontramos desde el iconostasio bizantino hasta el comulgatorio moderno es inmensa y algunas veces nos preguntamos si son o no son separaciones nítidas. Una solución bizantina encierra el altar mayor dentro de un pequeño kiosco, el ciborium; sin embargo, éste tiene el inconveniente de dificultar los movimientos litúrgicos.

Los artistas modernos parecen orientarse resueltamente hacia una concepción totalmente nueva de la solemnidad que debe rodear al altar. Tienden más bien a dar una impresión que una estructura. Las iglesias de la Suiza alemana son en este sentido particularmente interesantes. Emplean dos medios, sobre todo: A la plataforma sobre la cual reposa el altar mayor corresponde un dosel de iguales proporciones. El dosel guarda generalmente su carácter secundario y discreto, tanto por su color sombrío, como por el material de que está hecho. La poca adhesión que hasta el momento ha recibido el dosel en tapiz ¿no se deberá acaso al carácter decorativo, provisorio, que el barroco le dió antaño? Por el contrario, parece que un dosel de metal liviano como el que vemos en la «Toussaint» de Basilea, o un tapiz armoniosamente tendido como en «Stusslingen», pierde ese carácter frágil y transitorio, incompatible con la dignidad eucarística.

El segundo es el nicho, pero la idea está siendo abandonada con rapidez, pues precisamente no pone de relieve el lazo comunal entre la Eucaristía y el pueblo en la celebración conjunta del acto de alabanza. Se ha preferido el sistema por el cual el presbiterio forma parte, sin dificultad, del volumen general, guardando siempre la distinción con el resto de la Iglesia. Se ha tratado pues, de dar el tono solemne por medio de un inteligente juego entre la luz, la plataforma, las graderías que la

determinan, y el dosel, que, sin fijar límites de una manera expresa, define el presbiterio y pone de relieve el altar mayor. Demarca discretamente, pero no separa ni aleja. En otras palabras, crea un volumen espiritual que no se distingue plásticamente del conjunto general.

El tercer procedimiento pone el acento sobre la luz exclusivamente, por la concentración de la cual se hace resaltar el presbiterio del resto del edificio. El progreso realizado al respecto por la arquitectura moderna desconfia presto de los efectos teatrales. La iluminación por medio de linternillas está sujeta a la precaución. Parece que la opinión general favorece más la iluminación lateral.

Hemos observado también la tendencia a disimular la boca de luz por un simple juego de perspectivas, por la orientación de los alféizares o ventanas, o por el color de los vidrios. Por esto algunos arquitectos han llegado a renovar el volumen del presbiterio, distinguiéndolo sin extraerlo del volumen general. Todo lo que puede contribuir al perfeccionamiento de esta técnica debe ser objeto de la atención de los arquitectos. La mesa de comunión no debe ser un estorbo. La solución que consiste en evocar la forma del altar no me parece acertada. Puede crear una barrera que el espíritu litúrgico soporta difícilmente: el comulgatorio no es, después de todo, más que un punto de apoyo, ya que sobre él no se deposita cosa alguna. Debe guardar, pues, la transparencia y no interponerse entre el acto litúrgico y la atención de los fieles.